

Precios de suscripción

EN SAN SEBASTIAN
3 meses, 6 pesetas; 6 meses, 12; un año, 24
EN PROVINCIAS
3 meses, 9 pesetas; 6 meses, 18; un año, 36
EN EL EXTRANJERO
3 meses, 13 pesetas; 6 meses, 25; un año, 50

La Voz de Guipúzcoa

Diario Republicano

Tarifa de publicidad

En primera plana dos pesetas línea.
En noticias, una peseta línea.
En generales, sesenta céntimos línea.
Planes enteras y medias planas, artículos, comunicados y anuncios oficiales a precios convencionales.

TELEFONO URBANO: 0-24.
TELEFONO INTERURBANO: 9-89.

Redacción, Administración y Talleres: San Marcial, 10

APARTADO DE CORREOS: núm. 44.
DIRECCION TELEGRAFICA: «VOZ».

San Sebastián

hace treinta años

21 DE ENERO

Escasez absoluta de noticias se observa en este día. Lo único "extraordinario" es el tiempo.

La nieve desapareció de las calles gracias al viento Sur y a los trabajos de una brigada formada por 114 obreros. Pero a las grandes nevadas sucedió un furioso temporal con viento huracanado que tronchó numerosos árboles, rompió postes, derribó chimeneas y casetas de resguardo y apagó todos los faroles del alumbrado público, destruyendo algunos.

La mar ofrecía aspecto imponente. En la Bahía de la Concha fondeó un velero francés que a punto estuvo de ser estrellado contra las rocas. Y todo esto acompañado de verdaderas cataratas que dejaban caer las nubes. ¡Una delicia!

—Fue nombrado alcalde pedáneo del barrio del Antiguo, don Santos Rezola.

Y esto es todo lo interesante que ocurrió aquel día en San Sebastián.

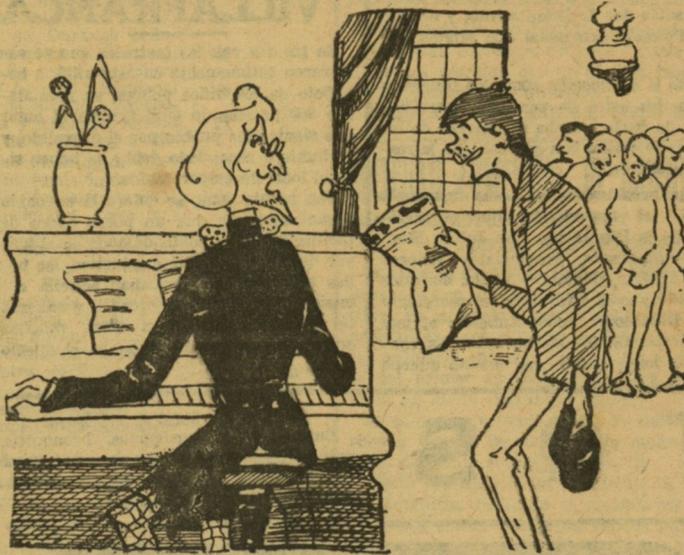
Obras y cómicos

Ayer, en el Principal, hubo función vasca, de la que se habla en otro lugar de este número. Fué un alto forzoso en la actuación de la compañía de don Ricardo Ruiz, que hoy reanuda su trabajo con más bríos.

En las funciones de tarde y noche se pondrán en escena el precioso sainete de Muñoz Seoá y Pérez Fernández, con música de Vives, «Pepe Conde ó el mentir de las estrellas», cantando la parte de María Luisa la señorita Revillo, con lo cual quiere decirse que hay aliciente para que el teatro se llene en las dos representaciones.

Mañana, beneficio de Eduardo Marqués,

Organización de un orfeón



—Y usted, ¿qué voz tiene?
—La de hoy.
—¿Cómo la de hoy?
—Sí, señor. Acabo de comprarla.

(Dibujo de T. ECHALUCE.)

con «Los camarones» y estreno de «La del 2 de Mayo».

Después de unas excelentes películas, que fueron muy del agrado de la distinguida y numerosa concurrencia que asistió a todas las sesiones, debutaron Mariquita Fuentes, notable bailarina, y Laura Domínguez, estrella cancionista. Ambas eran conocidas del público donostiarra, que las había aplaudido en varios de sus escenarios; así es que ello hace inútil el que tratemos de hacer su presentación.

Pero sí es de justicia decir que Mari-

quita Fuentes ha confirmado nuestros pronósticos de que iba a ser una notabilísima bailarina, y que Laura Domínguez, que ya en el Gran Casino obtuvo la sanción de un público tan inteligente como selecto, ha conquistado el tercer estorbo y es una de las estrellas del género, por derecho propio. El público las ovacionó a ambas y salió muy satisfecho de su actuación.

Hoy, viernes, habrá sesiones a las seis y media de la tarde y diez y cuarto de la noche. Se estrenará la película «El testamento de Su Excelencia», en cuatro partes, y «Por el ojo de la llave», peli-

cula de dibujos cómicos. Después actuarán Mariquita Fuentes y Laura Domínguez.

Inútil será querer convencer a los lectores de que ayer hubo ep Miramar y Bellas Artes unos entradones de los del «alegre» de los empresarios. ¡Más que llenos!

Tampoco será necesario decir que los programas de películas fueron muy del agrado del público, porque eso sería repetir lo que está ya fuera de duda. Así, pues...

Hoy, viernes de moda, ep Miramar, después de una película corta se estrenará «A pública subasta», en cuatro largas partes, norteamericana, interpretada por Mac Murray, y en Bellas Artes después de una película de corto metraje, se estrenarán los episodios séptimo y octavo de «La huella del gavilán».

A los corresponsales literarios y administrativos de LA VOZ DE GUIPÚZCOA rogamos enoportunamente que en toda la correspondencia que nos dirijan hagan constar en la dirección: APARTADO DE CORREOS NUMERO 44

Real Sociedad de Esgrima y Cultura Física

El sábado 15 del actual, tuvo lugar en el local que ocupa dicha Real Sociedad, la Junta general ordinaria, para la renovación de la Junta Directiva de la misma, siendo proclamados por unanimidad los señores siguientes, que desempeñarán los cargos que a continuación se relacionan.

Presidente, Excmo. señor General don Luis Hernando Espinosa; vicepresidente, señor conde de Caudilla; secretario, don Enrique Saavedra; tesorero, don Enrique Vidal; vocales, don León Carrasco, don Julián Garbayo, don Pedro Larrañaga, don Rafael Sancristóbal, don Pedro Sorluce, don Juan Vila.

aunque inocente, estaba perdido. Un frío mortal le recorrió las venas; y sintió que el corazón se le oprimía; pero recobrando de nuevo su peculiar dominio, adelantó sin mirar al barón, y dirigiéndose al juez, le dijo:

—Me ha mandado usted llamar y aquí me tiene.

—¿Conoce usted el motivo por el cual se le ha rogado que viniera?

—Lo sé; encontraron mi cartera, que perdí esta mañana al salir de la casa de juego.

El magistrado hizo un brusco movimiento.

—¿Dice usted que la perdió esta mañana?

—Sí, señor.

El comisario parecía más y más asombrado, a medida que Luciano recobraba su sangre fría.

—¿Sabe usted—dijo el magistrado,— dónde se encontró su cartera?

—Me han dicho que en la habitación de una pobre mujer asesinada.

—Muy bien, ¿conoce usted el nombre de la interfecta?

—Lo ignoro en absoluto.

El magistrado hizo una señal a uno de los agentes, y éste levantó al punto la sábana que cubría el cadáver.

—A la vista de aquel cadáver, Luciano experimentó tal sentimiento de terror, que vaciló; pero se repuso, y con acento conmovido prorumpió:

—¿Ella? ¿Gilda? ¡Ahí! ¿Quién fue el vil que le mató?

—Pregúntele al magistrado—dijo con tranquillo acento el magistrado.—¿Usted conoce a la víctima?

—¿Que si la conocía? pregúntelo al caballero—dijo indicando al barón.—Sí; tuve ocasión de ver distintas veces a la dulcísima criatura, tan desdichada desde que vino al mundo; pero mi sorpresa es grande al encontrarla aquí.

Esta vez el magistrado miró al joven con desconfianza.

—¿Cómo? ¿Usted no sabe que la pobre-cita vivía en esta villa?

—Lo ignoraba completamente; hacia más de dos años que no había visto ni a ella ni al caballero. Les creía ausentes de Florencia.

Luciano no se daba cuenta de que aquellas mentiras le comprometían doblemente.

Ante sus palabras hizo el magistrado un brusco movimiento. El barón Vamba se mantenía impasible sin decir una palabra.

—Caballero—dijo friamente el magistrado,—¿conoce usted esta caligrafía?

Y puso ante los ojos de Luciano los pedazos de papel que se encontraron al lado del cadáver.

Santarosa se mordió los labios rabiosamente; había caído en la red que él mismo se tendió.

—¿Por qué no dijo en seguida la verdad? Ahora era tarde; había de seguir mintiendo. Una palpitación terrible hacía apenas inteligible su voz, aunque Luciano se esforzaba en mantenerse indiferente.

—No—balbuceó,—no la conozco.

El juez hizo una expresiva mueca.

—Explíquese usted siquiera por qué razón aparece aquí su firma.

—¿Mi firma? No comprendo nada de cuanto ocurre.

Luciano se perjudicaba a sí mismo sin percibirse. El barón triunfaba. El magistrado estuvo un momento silencioso pero luego, con el ceño fruncido:

—Luciano—le dijo lentamente,—¿puede usted decirme dónde pasó la noche?

—Seguramente—contestó Luciano,—aunque no sé por qué he de dar cuenta de mis actos...

—Le suplico que me conteste; y se lo suplico en bien de usted. ¿Qué hizo usted desde media noche a las dos?

Esta vez perdió Luciano la cabeza.

—¿Podría decir que las había pasado en casa de Amalia? Era perder a la noble y pura criatura que había depositado en su confianza... Pero su silencio le perderá él.

Pero hizo un esfuerzo aún para mostrarse sereno y orgulloso.

Cuán cierto es, sin embargo, que algunas veces, más de un inocente parece culpable.

—Caballero—le dijo,—yo no puedo decirle usted otra cosa sino que me admiran sus preguntas. ¿Es que se duda de mí? ¿Se me cree tal vez el asesino de aquella desventurada? Pero hable usted, señor—exclamó dirigiéndose impetuosamente al barón—; diga usted algo en mi defensa.

—También yo encuentro el hecho incomprensible—contestó el barón con hipócrita acento—también yo me pierdo en conjeturas, pero ¿cómo se explica el encuentro de su cartera en esta casa?

—He dicho que la había perdido.

—¿Pero no es raro que precisamente se haya encontrado aquí? ¿Y no lo es más aún, que se encontraran estos pedazos de papel...?—añadió friamente el juez, ob-

servando que la turbación de Luciano iba aumentando por momentos y en él la convicción de que tenía al culpable a su presencia.

—¿Luego, duda usted realmente de mi inocencia?—exclamó Luciano con calor.

—No... no dudo; pero ya ve usted que las pruebas van acumulando á cada instante.

—Es que yo las destruí.

—No deseo otra cosa; pero fíjese en la extraña situación en que se encuentra la justicia. Una mujer asesinada durante la noche, después de hacerla víctima del más infame de los ultrajes.

Luciano lanzó un grito desgarrador.

—¿Y qué Señor juez, ¿me creería usted capaz?...

—Déjeme terminar, señor Santarosa. Al lado de la interfecta se encuentran estos pedazos de papel que demuestran que un hombre da una cita a esta mujer porque desea encontrarse a solas con ella. La carta lleva por firma su nombre. Además en la habitación de la asesinada se encuentra la cartera del individuo que puede ser inocente pero que a los ojos de la justicia resulta culpable.

La casi brutal franqueza del magistrado anonadó a Luciano que quedó mudo, pero con las manos nerviosamente enlazadas y demudado el semblante.

El juez prosiguió:

—Otro hombre que podría aportar luz a este asunto, y del que yo también sospecho, desapareció sin dejar rastro, y es el criado de la desventurada.

Luciano se volvió instintivamente hacia el barón y le miró con ojos de fuego; pero luego, como si tomara una repentina